

Seis horas (segunda parte)

Mateo 27.45-54; Marcos 15.33-39;

Lucas 23.44-47; Juan 19.28-30

«Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu» (Juan 19.30).

LAS ÚLTIMAS TRES HORAS

Las últimas tres horas que Jesús pasó en la cruz, estuvieron envueltas en un manto de escalofrantes y extrañas tinieblas. Reinaba el silencio. Los únicos sonidos que se podían escuchar, eran los gemidos de tres hombres moribundos y las gotas de sangre que caían.

En las últimas tres horas, Jesús hizo cuatro aseveraciones más en una rápida sucesión. Clamó, diciendo: «Elí, Elí, ¿lama sabactani?». Al interpretarse, esto significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27.46; Marcos 15.34). Dios dejó que Jesús fuera hecho pecado (2ª Corintios 5.21). Debido a esto, Dios y Jesús fueron separados. ¡Qué aterrador! ¡Oh, el insondable abismo del pecado!

El haber sido separado de Dios constituía para el Hijo de Dios una herida más honda que cualquier castigo que el hombre pudo infligir. Esta aseveración expresa a gran

voz lo perdido que está el hombre, y la indefensión de este. La muerte de Jesús no solo venció el pecado, sino también la muerte (Hebreos 2.14–18). Los cristianos no tienen por qué temer la muerte. Satanás es un enemigo derrotado; el pecado es una maldición vencida. La muerte ha perdido su aguijón (1^{era} Corintios 15.21–26, 51–58).

Jesús, al saber que se estaba haciendo la voluntad de Dios, se dejó decir: «Tengo sed». La humanidad de Cristo se observa en esta, Su sexta aseveración. El más profundo clamor de la humanidad es «Tengo sed» (Juan 19.28–29). Estaba a mano un vino barato. Aun cuando algo amable se hizo a Jesús, fue algo barato. ¡El «agua viva» tenía sed! (Juan 6.51–58). Jesús no usó Su deidad para contrarrestar Su humanidad.

La crucifixión le arrebató a uno todos sus derechos como ser humano. Isaías escribió: «... pero todos los que lo vieron, se horrorizaron aún más de que había sufrido hasta dejar de asemejarse a un humano» (Isaías 52.14; CEV). Los judíos habían esperado al Mesías, pero lo rechazaron y lo crucificaron cuando vino. Lo que era la esperanza de ellos, llegó a ser la muerte de ellos. Nada puede ser más vano que una religión sin Mesías.

Dios no cambia. Jesús, el Hijo de Dios, representó cómo es Dios desde la cruz. Después de estar seis horas en la cruz, hizo la aseveración que solo Él podía hacer: «Consumado es» (Juan 19.30). «¡La tarea está hecha!» Ahora, Dios puede ser justo mientras justifica a los pecadores. Jesús estaba diciendo que había terminado de hacer todo lo que el Padre le había enviado a hacer para nuestra salvación. El cielo tiene que ser eterno; nos va a tomar toda la eternidad comenzar a entender lo que Dios hizo por nosotros. Al estar con Dios, aumentaremos nuestra comprensión de Su gloria. Jesús estará allí como

«el Cordero» (como se le presenta en la totalidad del libro de Apocalipsis). ¡Toda la eternidad declarará lo que Jesús dio a entender cuando dijo: «Consumado es»!

Lo que el hombre no podía consumir, Jesús lo consumió. A Satanás (el acusador) le fue cerrada la boca (Apocalipsis 12.9–11). La antigua ley de Moisés fue clavada en la cruz. La nueva ley de Cristo entró en vigor (Hebreos 8.6–13; 9.12–18; 10.4–14, 18–31). Las más grandes palabras jamás dichas fueron «Consumado es».

Jesús expresó a gran voz Su última aseveración en la cruz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró» (Lucas 23.46). ¡Asombroso! Su exclamación necesitó de gran esfuerzo. Él quería que todos oyeran Sus últimas palabras. Note que no encomendó a Dios Su cuerpo, ni Su aliento. Lo que encomendó fue Su espíritu. ¡Jesús, el Hijo de Dios, había elegido morir!

¡Jesús lo dio todo de sí por nuestra salvación! Sus seguidores también deben vivir vidas ofrecidas en sacrificio. La iglesia es la única institución sobre la tierra que existe primordialmente para el beneficio de los que no son miembros de ella.

LA GLORIA DE LA CRUZ

Jesús jamás habló tanto de ser crucificado como sí habló de ser glorificado. Él dijo: «Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti»; «Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese» (Juan 17.1, 5). ¡Nuestro Dios tomó el instrumento de ejecución más inhumano, y lo convirtió en la más grande motivación!

No hable del Dios «dentro de nosotros», ni del Dios «junto a nosotros», hasta entender al Dios «sobre nosotros».

Dios tiene dos tronos: uno que está en el altísimo cielo y otro que está en el corazón más humilde. Uno no entiende a Cristo, mientras no entienda la cruz. La única persona digna de gloria, lo dio todo a Su Padre. No nos gloriemos en nada, sino en la cruz de Cristo (Gálatas 6.14).

*La cruz...
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados